

La corte vallisoletana de Margarita de Austria (*Años alegres, espejo de la fiesta barroca*)

Margarita Torremocha Hernández

La fiesta barroca en el Valladolid cortesano

Valladolid en los años de la corte es uno de los mejores ejemplos de la fiesta barroca¹, probablemente, en pocos casos se pueda aplicar mejor la expresión de que *la ciudad funciona como un espejismo* que en este². Mientras que hacia mediados del siglo XVII, un viajero francés Antonio de Gramont señala que en la villa de Madrid las principales diversiones consistían en el paseo y el teatro³, el Valladolid de la corte, aunque tenía también sus entretenimientos cotidianos, era una ciudad en la que las fiestas fueron más cotidianas que señaladas⁴, es

¹ Sobre los límites espaciales y temporales del concepto barroco, así como sobre su significado señalamos la referencia de L.E. Rodríguez-San Pedro Bezares, *Lo barroco, la cultura de un conflicto*, Salamanca 1988, pp. 9-11. Asimismo, F. Rodríguez de la Flor y E. Galindo Blasco señalan que el *mirage* barroco por excelencia es la fiesta, *Política y fiesta en el Barroco*, Salamanca 1994, p. 14.

² La ciudad funciona como espejismo. A. Farge en *Historia de la vida privada. La comunidad, el Estado y la familia en los siglos XVI-XVIII*, Madrid 1991, p. 183.

³ A. de Gramont, *Viaje a España*, recogido por J. García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Valladolid 1999, III, p. 382.

⁴ M. Crespo López, “Cervantes y la corte: Lecturas biográficas”, en *Studia Historica, Historia Moderna* 24 (Salamanca 2002), pp. 255-295; M. Torremocha Hernández, “Diversiones y fiestas en Valladolid durante el Antiguo Régimen”, en *Valladolid. Historia de una ciudad*, Valladolid 1996, I, pp. 491-510.

decir, que las celebraciones extraordinarias predominaron, en un ámbito que supone mucho más que la mera diversión para pasar a denominarse fiesta; fiesta política, fiesta de corte, fiesta barroca, en definitiva.

Las razones que han determinado que el Valladolid cortesano de los primeros años del siglo XVII se haya convertido en el paradigma de la fiesta barroca son numerosas. Por una parte, la breve estancia de la corte. El hecho de que se produjera un traslado desde Madrid, por causas que entonces no fueron del todo asequibles a su entendimiento, y que –en todo momento– siguieran circulando los rumores de lo que en el año 1606 se hizo definitivo; es decir, del regreso a la villa madrileña, mediatizó la actuación de la ciudad durante esos años ⁵. La permanente idea de provisionalidad hacía que se pensase en divertir al monarca, casi con la misma intensidad y ritmo, como se había hecho durante la visita de 1600. Así, prácticamente con el idéntico concepto que imperaba en las visitas temporales a una localidad, se mantuvieron las celebraciones en Valladolid a lo largo de cinco años. Además, no era sólo el rey Felipe III y su esposa la reina Margarita de Austria los que debían estar satisfechos en la ciudad, sino el valido, sobre cuya responsabilidad se descarga la decisión misma de establecer la corte en Valladolid ⁶. La profusión festiva fue sin duda el resultado de la eventualidad, puesto que, no es factible, que de haberse logrado una sensación de persistencia en la residencia de los monarcas, se pudiera haber sostenido la misma cadencia en el desarrollo de los elementos celebrativos ⁷.

⁵ N. Alonso Cortés, “Romances sobre el traslado de la corte de Felipe III”, en *Miscelánea Vallisoletana*, I, Valladolid 1955; A. Gutiérrez Alonso, *Estudios sobre la decadencia de Castilla. La ciudad de Valladolid en el siglo XVII*, Valladolid 1989; Joan de Xérez y Lope de Deça, *Razón de Corte*, estudio introductorio, notas, e ilustraciones de T. Reguera Rodríguez, León 2001.

⁶ T. Egido, “Valladolid, corte del Rey Felipe III (1601-1606)”, en J. Urrea (dir.), *Valladolid Capital de la Corte (1601-1606)*, Catálogo de la Exposición, Valladolid 2003, pp. 15-29; J.A. Escudero, “El traslado de la corte a Valladolid” y “La corte de España en Valladolid: los Consejos de la monarquía a principios del siglo XVII”, en *Administración y Estado en la España Moderna*, Valladolid 2002, pp. 255-273 y 483-511; C. Pérez Bustamente, *La España de Felipe III*, tomo 24 de la *Historia de España* dirigida por R. Menéndez Pidal, Madrid 1979, pp. 107-118; los antecedentes en M. Fernández Álvarez, *Poder y sociedad en la España del Quinientos*, Madrid 1995, pp. 285-300.

⁷ La idea de agradecer al soberano para intentar ganar su presencia en Valladolid se mantuvo con el tiempo. Así, después de salir la corte de Valladolid, y de paso por ella en una visita de 10 días, tras unas jornadas en Lerma, la ciudad se volvió a deshacer en festejos:

De haberse convertido en una realidad permanente, todos los factores vinculados a la economía de la fiesta, podían haber dado al traste con el continuo disfrute cortesano y urbano, pues si bien la puesta en marcha del conjunto de los artificios necesarios generaba trabajo y salarios, también suponía una constante sangría para las instituciones reales existentes en la ciudad, sobre todo para el Ayuntamiento.

No obstante, al deseo de la ciudad por agradar y conseguir lo que se consideraba que Madrid había arrebatado, se unió el propio carácter de los monarcas; despreocupados de lo político, y sensibles a lo religioso y lo lúdico, así como el control del valido que bien desde el Ayuntamiento (donde era regidor desde 1600, por expreso deseo del municipio) o, si hacía falta desde sus propios recursos, organizó todo lo necesario para el desarrollo de las fiestas. Por otra parte, no podemos dejar de considerar el hecho de que las circunstancias de la monarquía y de la política exterior contribuyeron a la constante celebración de hechos de toda índole. El joven matrimonio, que hasta entonces no había tenido hijos, comienza a ofrecer su descendencia al reino, y todos los bautizos de sus hijos fueron muy festejados, pero especialmente el del varón, sucesor del rey en el trono de la monarquía de los Austrias⁸. El año 1605 en que este se produce, se

corrieron una máscara los caballeros y regidores de la ciudad y el sábado adelante hubo toros y cañas en la Plaza Mayor, y sacaron cuadrilla en cuadrilla de la ciudad, llevando a la mano derecha el Corregidor, por representar la persona Real, aunque solamente corrió dos parejas y luego apeó ... Dicen que fue muy buena fiesta ... y dio esperanza que el año que viene se irá con la Reina y sus hijos, sin los Consejos, a pasar el verano a Valladolid.

L. Cabrera de Córdoba, *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614*, facsimil de la ed. de 1857, prefacio de R. García Cárcel, Salamanca 1997, p. 306: julio de 1607.

⁸ Valladolid había celebrado otros bautizos de príncipes pero ninguno con la profusión de los que Felipe III promovió. El Emperador, ante el nacimiento de su hijo Felipe quiso ser moderado y “mandó escribir a todos no se gastasen en hacer alegrías ni diesen tampoco a los correos albricias”, no obstante, los propios cronistas hacen comparación con el bautismo del infante Fernando en 1503, en Alcalá de Henares, y señalan: “vean lo que entonces usaban y se confundan todos con las demasías de ahora”. Hubo no obstante profusión de elementos festivos, toros, cañas, y una justa real, hasta que las noticias que llegaron de Roma hicieron vestir de luto a la corte (G. Marcilla Sapela, *Datos para la Historia de Valladolid*). Más avanzado el siglo, las fiestas por el bautismo de Carlos II se presentan también

puede decir que Valladolid fue una fiesta continua⁹. Bautizos, paces internacionales, visitas, etc permitieron una conmemoración incesante. Si no hubo más, fue sin duda por los numerosos desplazamientos que realizaba Felipe III, buscando distraerse con la caza, o bien alentado por Lerma, que le conducía a su villa burgalesa o a la Ventosilla¹⁰, donde tanto la fiesta, como cada uno de los elementos que la definen, podía estar controlados por él, limitando incluso convenientemente el número de asistentes, según su interés.

Efectivamente, el valido, por su parte, no dejó de agasajar al rey, y con ello en numerosas ocasiones a la nobleza cortesana. El ensalzamiento de la monarquía le favorecía a él, casi por igual, que se aprovechaba de la propaganda política que en cada una de estas fiestas se desarrollaba¹¹, participando “codo con codo” en la medida que esta expresión es compatible con el ritual, en cada una de las apariciones públicas y festivas del monarca.

Podemos establecer en la corte festejante vallisoletana tres tipos de celebraciones públicas: aquellas que ya denominamos generalmente de ciclo vital, es decir, las vinculadas a los nacimientos, entradas de reinas, matrimonios o defunciones de los miembros de la Casa Real y posteriores entronizaciones, cuya tipología conocemos cada vez mejor, por los diversos trabajos que aparecen sobre este tema en espacios geográficos diferentes, aunque con elementos comunes en todas ellas¹²;

con una mayor contención en su ejecución. BNE, Ms. 2.388, *Relación del solemne bautismo del Príncipe Don Carlos, Nuestro Señor (que Dios guarde) celebrado en 21 días del mes de Noviembre de 1661 años, en la Real Capilla del Palacio de Su Magestad*, Sucesos del año 1661, fols. 11-12. Curiosamente, no hay datos en el Archivo Municipal de Valladolid sobre celebración alguna por el nacimiento de Felipe III.

⁹ El portugués T. Pinheiro da Veiga, presente en la ciudad habla de unos doce o trece días consecutivos. *Fastiginia Vida cotidiana en la corte de Valladolid*, Valladolid 1989, p. 59.

¹⁰ L. Amigo Vázquez, “Tiempos de fugaz ensoñación. La fiesta barroca”, en *Dueros del Barroco, Biblioteca: estudio e investigación* 19 (Aranda de Duero 2004), pp. 319-374; A. Gutiérrez Alonso, *Estudios sobre la decadencia de Castilla...*

¹¹ A. Feros, *El duque de Lerma. Realeza y privanza en la España de Felipe III*, Madrid 2002; B.J. García García, “Las fiestas de la corte en los espacios del valido: la privanza del Duque de Lerma”, en M.L. Lobato y B.J. García García (eds.), *La fiesta cortesana en la época de los Austrias*, Valladolid 2003, pp. 17-34.

¹² En la obra citada en la nota anterior se aporta en sus últimas páginas una prolija enumeración de bibliografía sobre este tema que puede servir de referencia para la época de los Austrias.

en segundo lugar, las fiestas desarrolladas por la presencia de la corte, en relación con paces internacionales, visitas de monarcas o diplomáticos extranjeros, o cualquier hecho político que se celebre con profusión solo allí donde están los principales protagonistas; finalmente, en tercer lugar, aquellas que se desarrollan para mayor lustre y diversión del rey y sus cortesanos, que también –al igual que las anteriores– están reducidas al espacio cercano al rey.

Sin ninguna duda, en Valladolid todas ellas se dieron con profusión. Fiestas de la Casa Real que forzosamente los son para todo un reino, así como la celebración de los sucesivos pasos para consolidar la *pax hispánica* se vivieron en el Valladolid de estos años con desbordante manifestación de júbilo, hecha realidad a través de una costosísima realización de actos protocolarios, religiosos y festivos. Dos bautizos; el de la infanta Ana Mauricia –dentro del protocolo habitual¹³– y, fundamentalmente, el del Príncipe Felipe, colmaron la exaltación festiva¹⁴. La coincidencia de este último en el tiempo con la llegada del embajador de Inglaterra, para firmar las paces con la Isla, hizo que las ya prolijas celebraciones sin

¹³ Hanse hecho luminarias las tres noches siguientes, y en la primera salió el marqués de Villamizar, con los gentiles-hombres de cámara y mayordomos y otros caballeros en una encamisada, con hachas blancas, marlotas, capellares, con velillos de colores diferentes; los cuales corrieron delante de Palacio, y por las calles, y la segunda noche salió el marqués de Mondéjar, acompañado de muchos gentiles-hombres, delante, a caballo y con hachas, y cuarenta moriscos a pie, en hábito de moros, con sonajas y paderetes y un carro con música de violones y otros instrumentos, con lo cual fue a Palacio, y en la plaza adelante hicieron zambra al modo morisco, que pareció bien a muchos (L. Cabrera de Córdoba, *Relaciones...*, pp. 113-114: 26-IX-1601).

¹⁴ Entre ambos nacimientos y bautizos la reina tuvo una niña que apenas contó con vida. M. Canesi Acevedo –en *Historia de Valladolid* (1750), ed. facsímil, Valladolid 1996, III, p. 265– relata así ese suceso:

... a Valladolid, donde tuvo la reina Margarita el segundo, aunque desgraciado, parto, sábado 1º de enero de 1603, entre 10 y 11 de la noche, dio a España otra infanta que no quiso tomar el pecho, por discurrir no ser de tiempo; se impetró para que recuperase el gusto y la salud, el divino auxilio con la soberana intercesión de la imagen de M^{ra} Santísima de las Angustias, cuyo sagrado milagroso bulto se venera en el real monasterio de S. Benito y en una muy solemne procesión que llevada a palacio haciendo a esta celestial señora una rogativa a este fin; pero Dios que la quería para sí, fue servido trasladar de esta vida a la eternidad que goza en la bienaventuranza alabando a sus criador y esta seguridad templó el apasionado sentimiento de sus leales vasallos.

llegar a duplicarse, si se desdoblaron en los preparativos y el protocolo. No obstante, y a pesar de su abundancia, belleza y expresividad, no quisiéramos detenernos aquí en estos sucesos –creemos que sobradamente conocidos–, ya que pocos documentos son tan mencionados por la historiografía, como los referidos a estos acontecimientos, pues en ellos, sin duda, se condensa la esencia de la fiesta barroca ¹⁵.

Por otra parte, en esta corte no era necesario esperar a que se produjera ningún suceso político o familiar de relevancia. Se desarrollan actos que solo se producían allí donde los monarcas estaban y no tenían repercusión en otros ámbitos de la monarquía, como puede ser las salidas de parida de las reinas ¹⁶ o los cumpleaños de la infanta Ana. El tercero se desarrolló entre actividades fundamentalmente religiosas;

ofreció cuatro escudos en el oratorio de la Reina su madre, en la misa que para esta ofrenda se suele decir. Por la tarde hubo una solemnísim

¹⁵ Si la corte es el escenario festivo por excelencia, allí donde la propaganda política en honor a la monarquía se sirve con más frecuencia de la fiesta, en la ciudad del Pisuega, esta se desarrolló con liberalidad. Quizás por ello se trata del período de la historia de Valladolid más conocido. La profusión de trabajos y citas sobre estos años, y sobre todo sobre el aparato festivo desarrollado en ellos hace casi imposible presentar aportaciones documentales desconocidas. N. Alonso Cortés, “Noticias de una corte literaria”, Valladolid 1906; Ídem, *Relación de lo sucedido en la ciudad de Valladolid desde el punto del felicísimo nacimiento del príncipe Don Felipe Dominico Víctor, Nuestro Señor, hasta que se acabaron las demostraciones de alegría que por él se hicieron* (1605), Valladolid 1916; Ídem, *La Corte de Felipe III en Valladolid*, Valladolid 1908; Ídem, “Romances sobre el traslado de la corte...”; A. Gutiérrez Alonso, *Estudios sobre la decadencia de Castilla...*; J. Urrea, “La Plaza de San Pablo, escenario de la corte”, en *Valladolid. Historia de una ciudad. Congreso Internacional*, Valladolid 1999, I, pp. 27-41; R. Domínguez Casas, “El espacio residencial de la monarquía en Valladolid: origen y expansión en el trazado urbano”, en *Valladolid, Historia de una ciudad...*, I, pp. 45-54; J.M^a Palomares Ibáñez, *El Patronato del Duque de Lerma sobre el convento de San Pablo de Valladolid*, Valladolid 1970; J. Pérez Gil, *El Palacio de la Ribera. Recreo y boato en el Valladolid cortesano*, Valladolid 2002; Vv. Aa., *Valladolid durante el siglo XVII. Historia de Valladolid*, Valladolid 1982, IV, pp. 193-275.

¹⁶ Entre ellas hay que destacar –también– las conocidas como *misas de parida*, que efectuaban las reinas y princesas de Asturias, cuando hacían su primera salida después del alumbramiento. La reina Margarita hizo su aparición, tras los sucesivos partos, para acudir a la iglesia de la Virgen de San Lorenzo (Diego de Guzmán, *Vida de la Reina Doña Margarita*). En Madrid, las primeras referencias a estas misas de parida, también llamadas *salir del oratorio*, se remontan a 1626: L. Cortés Echanove, *Nacimiento y crianza de personas reales en la Corte de España*, Madrid 1958, pp. 60-61.

procesión en que se llevó el cuerpo glorioso mártir Phebo (uno de los compañeros mártires de S. Mauricio, cuya fiesta se celebra dicho día), que trajo de Flandes Magdalena de San Jerónimo, y le dio a la ciudad. Fuele acompañando otro santo cuerpo. Hizo el oficio el Obispo de Valladolid, Inquisidor General, vestidos de pontifical. Iba la Ciudad y el Duque de Lerma, como regidor de ella, detrás, con los cirios blancos. En la Plaza de Palacio, debajo de las ventanas, donde SS.MM. estaban se hizo una rico altar con tres gradas, lleno de las reliquias del oratorio de la Reina, con una gran valla, dentro de la cual estaban dos bufetes cubiertos con paños de brocados, sobre los cuales pusieron las urnas de los dos santos, y allí cantaron los cantores de la capilla real dos motetes. Tocáronse chirimías y otros instrumentos, y de allí prosiguió la procesión ¹⁷.

En definitiva, un acto más que permitía salir a los vallisoletanos de su discurrir cotidiano, y disfrutar de la música, del color, del conocimiento de determinados personajes y de la cercanía, en la medida que ello era posible, de sus monarcas.

Este tipo de galas presentaban variaciones, motivadas por el carácter público o privado en que se desarrollaran. El deseo de mantener cierta reserva mientras se llevasen a cabo alguna, contribuyó a la creación de bellos y monumentales escenarios palaciegos, que han sido cuidadosamente estudiados ¹⁸, y en los cuales se mantuvieron saraos o representaciones teatrales diversas. No obstante, ya no fue tan utilizado el recurso de los pasadizos, para mantener la privacidad, haciéndose mucho más presente el rey a los vallisoletanos de lo que lo había sido su padre, Felipe II ¹⁹.

¹⁷ D. de Guzmán, *Vida de la Reina Doña Margarita...*

¹⁸ J. Urrea, "La Plaza de San Pablo...".

¹⁹ El recurso a estos pasadizos se mantiene sólo en ocasiones especiales, tales como los bautizos, pero no para los desplazamientos habituales. En el de la Infanta Doña Ana "entró el real acompañamiento por un pasadizo que había desde el palacio a la iglesia, cubierto lo alto de telas y el de lienzo encerado, defensa contra el agua" (D. de Guzmán, *Vida de la Reina Doña Margarita...*). M. Torremocha Hernández, "Fiesta y ceremonial político en el Valladolid de Felipe II", en E. Martínez Ruiz (ed.), *Madrid, Felipe II y las ciudades de la monarquía*. III: *Vida y cultura*, Madrid 2000, pp. 181-196. Sin embargo, M. Canesi Acevedo -*Historia de Valladolid...*, p. 464- hace mención de un suceso curioso sobre pasadizos en el Valladolid de estos años: "... haciéndose desde su palacio un pasadizo para una iglesia, siendo preciso descomponer unas casas de particulares, entre ellas las de un señor de vasallo y otra de un pastelero...".

Hubo, no obstante, celebraciones de la corte abiertas a la participación popular, si bien su protagonismo se ceñía generalmente a su mera pero valorada presencia²⁰. Las fiestas se llevaban a cabo –como hemos dicho– a voluntad del Rey y del valido, pero, el pueblo se incorporaba en la medida en que estas se hacían públicas, desempeñando un papel elemental, pues sin una nutrida pléthora de espectadores el éxito no estaba asegurado. Los preparativos y el desarrollo de la fiesta tenían un fin propagandístico que no se alcanzaba sin la presencia de los súbditos, y en el caso de la corte de todos los presentes de otros reinos extranjeros, que contribuirían a dar un mayor realce y difusión a lo ejecutado y en consecuencia de prestigio para la monarquía. En el solemne bautizo de Felipe, en mayo de 1605, dice Floranes que todos iban:

soberbiamente vestidos y con riquísimas galas que ostentaban bien la autoridad, el lujo y la grandeza de la Casa de España en las ocasiones en que necesita lucirlo y dar a los extranjeros presenciales un testimonio de lo realizado de su porte y magnificencia para que derramen la forma en sus países²¹.

La asistencia en estos festejos del bautismo fue siempre numerosísima, llegando a señalar cifras máximas de participantes. Pinheiro insiste en ese carácter multitudinario que tuvieron todas las celebraciones del bautismo (“era tanta la gente, que hacía falta una hora para atravesar una calle”), incluso en los actos

²⁰ Pilar Monteagudo –*El espectáculo del poder. Fiestas reales en la Valencia Moderna*, Valencia 1995, pp. 68-73– afirma:

La participación popular no se acepta, se prohíbe. Se le teme. Nada debe perturbar el orden. El miedo a la trasgresión del orden empuja a las autoridades a reducir la actuación del pueblo a los meros decoradores del escenario festivo, con el fin último de ahorrar gastos a los maltrechos fondos municipales.

Por el contrario otros autores dan a la presencia del pueblo –aun siendo igualmente mera presencia– un papel elemental (M. Filipe Canaveira, *A sedução dos sentidos. O significado político da festa popular na celebração dos fastos da monarquia*):

A festa barroca visa, como se constata, fins políticos muito concretos e precisos. Mas, para atingir não bastava o empenho do soberano e dos nobres, era também imprescindível o concurso do povo, porque sen público o espectáculo não existe. Como podia a realeza mostrar o seu trunfo a os súbditos se estes não comparecessem?

²¹ R. Floranes, *Relación del nacimiento del Príncipe D. Felipe IV en Valladolid y de la ostentación, grandeza y autoridad con que fue bautizado en el Convento de San Pablo de esta ciudad el día de domingo de Pascua de Espíritu Santo, 29 de mayo de este Año.*

que tenían lugar en escenarios cerrados y por lo tanto de asistentes restringidos, como se relata en el caso del que ponía fin a estas celebraciones; un sarao en el que estuvieron presentes –según Diego de Guzmán– más de tres mil personas, dejando aún bastante espacio para el baile ²².

Las aglomeraciones de gentes daban el marchamo a las celebraciones públicas. Los organizadores contaban sistemáticamente con tener asistentes y los vallisoletanos no faltaban, porque eran conscientes de tener una oportunidad única de ser conocedores de primera mano de una realidad que ellos vivirían a través de todos sus sentidos, mientras que en otros lugares del reino tenían que conformarse con escuchar lo que allí sucedió. La fidelidad y adhesión a la monarquía, e incluso, la propia alegría por tener un sucesor para el trono no les eran ajenas, pero seguramente no fueron un acicate tan primario como su curiosidad. Los vallisoletanos en estos años se echaron a la calle una y otra vez, para las grandes fiestas, o simplemente para ver pasear a su reina, todo ello a pesar de los muchos inconvenientes que tanto ese público, como los trabajadores que permitían que estos festejos se desarrollasen, tuvieron que sufrir ²³, así como en incremento de la violencia urbana, como consecuencia de la mayor concentración de población.

Diego de Guzmán, en su *Vida de la Reina Margarita de Austria*, nos da unas crecidísimas cifras para las celebraciones de la paz con Inglaterra, en presencia del embajador inglés, señalando que al entrar el monarca en el recinto donde se iban a desarrollar los actos “le hizo digno de ser mirado de más de cien mil personas que se hallaron en la plaza, y merecía ser visto de todos los príncipes del mundo”, pero los que lo vieron fueron los que se habían dado cita allí, para ver a su rey, a los ingleses protestantes, y a toda la nobleza que participaba en unos actos complejos, pues eran muchos los hechos a celebrar. Los espectadores de ese día se convertían en los protagonistas de los días venideros, al poder dar razón de tantos fastos como presenciaron, y relatar con el pormenor que estos casos requieren, la colocación y participación de todos los que vieron. Por ello, el Valladolid de la corte, atrajo numerosa población foránea por muy diversas razones, entre las que estuvieron la participación en las celebraciones. Como consecuencia, decía Pinheiro:

²² D. de Guzmán, *Vida de la Reina Doña Margarita...*

²³ Como ocurrió en el festivo año de 1605, con los rigurosas canículas del verano. Entonces, “el calor que hacía era muy grande, como se esperimentó el día del alarde, en la puerta del Campo, del cual murieron tres o cuatro hombres de armas y otros enfermaron” (L. Cabrera de Córdoba, *Relaciones...*).

y en aquella conjunción de alegría universal, y con el asiento de la corte, está Valladolid otra de la que dejasteis, y hoy en ella todo lo bueno, de España, pues de Granada, Sevilla, Toledo y hasta de Francia, vinieron infinitas personas a ver las fiestas, y tras los hombres las damas²⁴.

En la visita real de 1600 a la ciudad, previa a la instalación de la corte, se hizo ya todo lo posible para calentar motores en ese ambiente festivo que siempre quiso presentar el municipio, y el concejo ordenó:

que desde aquí adelante, asta que se agan las fiestas y rregocijos por la buena venida de sus Magestades todas las fiestas y domingos aya en la plaça mayor carrera pública donde se exercite el arte de cavallería y aya música de cherimías²⁵.

De tal manera que la alegría se fuese haciendo sitio y la disposición a participar se incrementase. No obstante, en este primer año de siglo, y cuando la presencia respondía a una visita, y no a una estancia, se obligó a diversos grupos urbanos a colaborar en la fiesta de recepción. Tal medida tiene su justificación en la necesidad, como se desprende de la continua mención que los regidores hacen ante los distintos gastos generados en ese año, todos pensados en garantizar el éxito de la visita. Numerosos preparativos, y puesta en marcha de una ciudad con pretensiones de Corte, desde el primer hasta el último detalle, entre los cuales destacaba, y así se pone de manifiesto en la documentación municipal, la decencia de los trajes de todos los servidores, así como de los ornamentos —como el palio— para el movimiento de los monarcas. La agitación y el gasto del municipio en la ciudad fue grande²⁶, y eso que la carta que el valido había enviado comenzaba pidiendo moderación:

Su Magestad pienssa yr a essa Çiudad y es servido que los gastos del rreezevimiento ssean moderados y que las rropas de los regidores no lleven tela ni oro, ssino que ssean de terçiopelo, ... que no se aga otro gasto nninguno del día de la entrada ...

²⁴ T. Pinheiro da Veiga, *Fastigia...*, p. 36.

²⁵ Archivo Municipal de Valladolid, Actas municipales, 10-VII-1600, p. 111v.

²⁶ *Los gastos que Valladolid hizo en las prevenciones obsequiosas para la entrada de sus reyes fueron tan costosos que de ellos resultó el empeño en que hasta hoy está de los crecidos censos que tomó*, en M. Canesi Acevedo, *Historia de Valladolid...*, III, p. 477; A. Cabeza, R. Martín de la Guardia, M. Torremocha Hernández, “Fiestas y política en Valladolid. La entrada de Felipe III en el año 1600”, en *Investigaciones Históricas* 17 (Valladolid 1996), pp. 77-88.

Sin embargo, ninguna medida se tuvo, y nada de lo dicho se podía respetar. El encuentro era decisivo, o eso se creía en la ciudad. Eso sí, como era una visita, se podía recurrir a los patrones festivos de estos eventos y se pensó que parte de los actos y de los gastos podían correr a cuenta de cuerpos representativos. Así,

acordaron que ... aga que los hortelanos de las huertas desta ciudad adereçen para el día de la entrada y adornen con invención y lo mejor que pudieren la puentecilla de los candeleros que va a la Iglesia Mayor y aga que se limpie y desenbaraçe y alivie todo el aso [*sic*] que aya desde la dicha puente asta la dicha Yglesia Mayor y lo aga açer con brevedad ... Que el señor Corregidor se sirva de açer llamar a las personas que le parecieren de los moriscos naturales del Reyno de Granada y de los del Varrio de Sancta María desta çudad, y les mande que cada nación aga una dança de más aparato, vistosa e ynbençión que pueda... Que se llamen a los mercaderes de esta y plateros della para la junta de mañana para que se les encargen agan alguna máscara o demostración en el rrecevimiento de sus Magestades ... Que los lugares de la tierra y jurisdicción desta çudad vengan a ella el día del rrecevimiento cada uno con dos danças, una de ombres y otra de mugeres, la más vien aderezados y las mejores danças con ynbençiones que puedan y cada lugar trayga un estandarte con las armas desta ciudad ... Que como se fueren açiendo las juntas para las prevenciones del recibimiento se bayan llamando los oficios que ay en esta rrepública para que se les diga y encargen lo que an de hacer en servicio de sus Magestades en el día de su rescivimiento²⁷.

Pero, esta participación, no voluntaria, desaparece posteriormente, porque no tiene justificación fuera de un acto de recibimiento.

La fiesta cortesana

En cuanto a la fiesta de corte propiamente dicha, sin el protagonismo pero con la presencia del pueblo, cuenta con una tipología que, como la de toda celebración, fue bastante reiterativa, pues tanto la reincidencia en las formas, como

²⁷ *Ibidem*, pp. 66-68. Los lugares a los que se refieren son: Laguna, Cabezón, Santovenia, Tudela, Viana, Puente Duero, Boecillo Geria, Peñaflor, Ciguñuela, Villanubla, Renedo, Olmos, Castronuevo, Herrera. 18-VI-1600.

la legitimación de los preparativos en la tradición de estas, era la fórmula que permitía garantizar el éxito²⁸. Las actividades que más se desarrollaron fueron: toros y cañas, encamisadas y mascaradas, con algunos torneos y estafermos, y naumaquias u otros juegos navales en las aguas del Pisuerga. Estos tres grupos de prácticas festivas fueron las propuestas generales para las visitas reales²⁹, en cualquier momento o por cualquier motivo, y con ellas siempre se procuraba agradar y entretener al monarca, a los miembros de su familia y a los cortesanos, que participaban también de forma activa en su factura. Pero también, cuando la corte residió de forma permanente en la ciudad estos procedimientos se utilizaron, sin apenas variación en su formulación, aunque lógicamente, la plétora de participantes era mucho más crecida en estos casos, así como la riqueza ornamental, decorativa y de vestuario. Además, en la fiesta palatina en la corte, la presencia de damas jugaba un importante papel. Las mejores ventanas o los mejores tablados eran los que la reina con sus damas iban a ocupar. La joven reina gustaba mucho de estas distracciones y la presencia y colaboración de la infanta desde casi el mismo momento de su nacimiento, indica que hizo extensiva su afición a la familia. Margarita de Austria apetecía tanto estos actos festivos como los religiosos y de devoción, participaba en todos con mucho deleite, tanto es así, que con motivo de la boda del Marqués de Laguna con doña María de Villena, el embajador de Persia, junto con el de Venecia y el Nuncio, vieron como esta bailaba, y posteriormente hicieron notar que habiéndoles parecido muy bien la fiesta no les resultó agradable por este hecho, *no teniendo sucesión S.M.*³⁰.

²⁸ Por ello R.E. Giesey (“La société de cour”, en *Cérémonial et puissance souveraine. France XV-XVII siècles*, París 1987, pp. 67-86) descarta el estudio de estas fiestas –a pesar de su interés– pues considera que en ellas se repiten las fórmulas para dar un lugar y una imagen, tanto del rey como de la nobleza. Este hecho es, a mi juicio, común a todo el ceremonial regio.

²⁹ En estos hechos se centran las propuestas de las diferentes localidades cuando las visita un monarca. Así lo pone de manifiesto J. Castán Lanaspá en el resumen sobre las actividades organizadas en 1592 en cuando Felipe II y su familia se detienen en la ciudad: “Fiestas que ofreció la villa de Valladolid a Felipe II en el año 1592”, en *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* LXII (Valladolid 1996), pp. 387-394.

³⁰ Archivo Municipal de Valladolid, Actas Municipales, 29 agosto 1601, p. 109.

La tipología de la fiesta cortesana

Los juegos de cañas se compaginaban frecuentemente con las corridas de toros, aunque cualquiera de estos festejos podía darse por separado. Los toros eran un recurso que si no podemos calificar como frecuente si hemos de considerar de realización con o sin corte, con o sin rey, con o sin fiesta política. Cuando se supo de la visita del rey en 1600 se mandó a Simón de Cabezón, regidor y comisario de toros que:

demás de los que tiene comprados para las fiestas desta çiudad conpre y prevenga todos los demás que fuere necesarios para las fiestas y regocijos que se an de açer a su Magestad ³¹.

No es de extrañar tanta precaución, pues mirando a los precedentes, como los regidores gustaban de hacer, se puede ver que en la visita del verano de 1592 hizo Felipe II y sus hijos, disfrutaban mucho con las corridas de toros que realizaban en la hoy plaza de San Diego, en la parte de atrás del Palacio ³². En 1615, nada más recibir notificación de la visita del rey y sus hijos, los nacidos en Valladolid, que ya se iban a casar, se ordenó al comisario de toros que comprase veinte y los dejase en el vecino prado de Renedo (en otras ocasiones se les mantenía en Portillo), “para questén prontos para el serviçio de su Magestad”, pues en esta materia la previsión era necesaria ³³.

La plaza de San Diego fue generalmente el escenario de las representaciones taurinas mantenidas para disfrute de los monarcas durante los reinados de Felipe II, Felipe III, y Felipe IV, a los que, además, la ciudad acostumbraba a dar la llave del toril ³⁴, con la significación que ello conllevaba. Aunque también

³¹ Archivo Municipal de Valladolid, Actas Municipales, 16-VI-1600, p. 63.

³² Archivo Municipal de Valladolid, Actas Municipales 23-VIII-1592, p. 107:

... dijeron que atento que ayer se corrió delante de la casa de S. M. un toro de que el príncipe nuestro señor e infanta pareció resultaron contento, atento a lo qual acordaron que oy e todos los demás días que S. M. estubiere en esta villa se corran los toros que al S. Corregidor le pareciere para que de ello se sirva a S. M. para le dar contento y a sus altezas...

³³ Archivo Municipal de Valladolid, Actas Municipales, 3-VI-1615, pp. 430v-431.

³⁴ Archivo Municipal de Valladolid, Actas Municipales, 15-VI-1615, p. 435.

había plaza en la Huerta del Rey, cercana al Puente Mayor, donde se corrían tanto toros como cañas³⁵, o bien, se preparaba convenientemente para este espectáculo la Plaza mayor.

Las cañas fueron un ejercicio ecuestre, como lo eran los toros entonces, y lo ejecutaban aquellos que disponían de caballos, nobles en muchos casos. Para organizarlos se necesitaba bastante gente, puesto que los participantes se tenían que organizar en cuadrillas, en números pares, dado que se enfrentarían en dos bandos. Es el número de cuadrillas lo que más varía, siendo lo común seis u ocho, pero llegando a diez en presencia del rey y limitándose a cuatro cuando este no estaba; aunque otras veces la restricción llegaba por el espacio en que se fuesen a correr las cañas, y con mucha más frecuencia por la imposibilidad de conseguir participantes capaces de financiarse por sí mismos. Cada bando tenía un padrino y unos colores, que se sorteaban cuando las cuadrillas ya se habían formado y definido. Esto significaba un gasto previo en vestuario, intentando cada grupo ser el más destacado, colorista y elegante. Por su parte, los padrinos además de representar y financiar, también hacían acto de presencia en la plaza, y lo hacían acompañados de criados y lacayos, vestidos con ricas libreas. Se presentaban al comienzo en la plaza para exhibirse, después volvían a salir y entraban seguidos de las armas. Todo este material irrumpía en la plaza, donde se iba a ejecutar el juego antes de que este empezara, y lo llevaban unas mulas ricamente enjaezadas con reposteros, que recorrían todo el recinto, en señal de reconocimiento del terreno.

Entre los competidores, lo más destacado de sus libreas era la manga derecha, bastante amplia, en la cual llevaban bordadas sus insignias, ya que la izquierda iba protegida por la adarga y, por tanto, tenía que ser estrecha y además no se veía. Por lo demás, los rivales debían ir a caballo y armados, protegidos por el escudo, espada, y unas cañas de unas tres o cuatro varas de longitud.

Las reglas del juego consistían en enfrentarse ambas cuadrillas, primero sin armas, después con espadas y finalmente con las cañas:

la que empieza el juego corre la distancia de la plaza, tirando las cañas al aire y tomando la vuelta al galope para donde está otra cuadrilla apostada,

³⁵ T. Pinheiro da Veiga, *Fastiginia...*, p. 69:

Hay además aquí una plaza con su estacada para correr los toros y jugar cañas, como ya muchas veces se hizo, junto al puente. Esta huerta la vendió el duque al rey por 70.000 cruzados, más Su Majestad le dio la administración de ella con 3.000 ducados de salario, de modo que es suya, como antes y le da producto.

la qual la carga a carrera tendida y tira las cañas a los que van cargados, los quales se cubren con las adargas, para que el golpe de las cañas no les ofenda, y assí succesivamente se van cargando unas cuadrillas a otras, haciendo una agradable vista ³⁶.

El juego de cañas fue uno de los más ejecutados, entendemos que por ser del gusto general. Era de origen árabe, y ello aún se recordaba en ocasiones por las vestimentas de los rivales ejecutantes, pues con frecuencia a unas cuadrillas se las vestía de cristianas y a otras de moras. Esa antigua tradición de procesiones de moros y cristianos era muy del agrado de la época, quizás por los vestuarios y por los turbantes *turquescos*, pero puede que también fueran un elemento más de la diferencia que aún se mantenía con estos cristianos nuevos, poco antes de acordar su expulsión. En cualquier caso, todo mejor que una simple vestimenta, que deslucía cualquier acto. El día 29 de agosto de 1604 se hizo un juego de cañas que no fue del gusto general pues “ni las cañas se corrieron bien, que fueron con capas y gorras” ³⁷. Aunque, se podía perdonar la falta de ricas vestimentas, si el juego se desarrollaba con interés, pues en esos casos pronto se olvidaban los detalles, como ocurrió el 13 de enero, cuando después de haber corrido unos toros delante de la plaza del Palacio “se jugaron unas cañas con capas y gorras por los caballeros de esta ciudad y algunos cortesanos, los cuales lo hicieron muy bien...” ³⁸.

En este entretenimiento, la participación de los nobles y su disposición a actuar ante el monarca fue fundamental. El ayuntamiento cuando quería organizar un juego de cañas comenzaba los preparativos con cartas que dirigía a la nobleza local o vinculada con la ciudad. En 1600, ante la visita determinante de Felipe III (pues se pensaba en Valladolid que de la impresión que el rey tuviese en ella podía derivarse el traslado de la corte), uno de los primeros festejos que se quisieron preparar fueron unas cañas. Entonces el concejo llamó al Almirante de Castilla, al duque de Béjar, al duque de Osuna, al marqués de Cea, hijo de

³⁶ Definición del *Diccionario de Autoridades*. Los relatos de estas fiestas nobiliarias se recrean en la cantidad y calidad de los participantes, en la riqueza de sus vestidos y adornos, en el número de lacayos, etc. Pero poco o casi nada en los aspectos técnicos, salvo algún detalle sobre la gallardía o el lucimiento. M^a J. del Río Barredo, “El ritual en la corte de los Austrias”, en M.L. Lobato y B.J. García García (eds.), *La fiesta cortesana...*, p. 26.

³⁷ L. Cabrera de Córdoba, *Relaciones...*, p. 222: 7 de agosto de 1604.

³⁸ L. Cabrera de Córdoba, *Relaciones...*, p. 233: 22 de enero de 1605.

Lerma, al conde de la Bañeza, al conde de Luna, al duque de Benavente, al marqués de Camarasa, al conde de Nieva, al marqués de Avilafuente y “a los que estubieren en esta çidad, sse conviden para ello, y a los ... que andan con ssu magestad y están en la villa de Madrid se escriba y lleven las cartas los dichos señores...”³⁹. El ayuntamiento vinculó a toda la nobleza que pudo para dar realce a este acto, y la participación no fue escasa, porque la visita no era una visita cualquiera, sino de inspección y preparatoria, de tal manera, que con el mismo interés vinieron con el rey algunos nobles. Pero, posteriormente, durante la presencia de la corte, por su provisionalidad, no faltaron contrariedades para organizar unas cañas, dado que algunos no habían desplazado todas las caballerías de sus cuadras, por problemas propios, o por los que se imponían para la instalación en Valladolid. Por ello en algunas ocasiones se tenían que excusar, o retirar, si no se hacían con buenos ejemplares. Sin embargo, las limitaciones que por estas razones algunos autores han podido presentar, pueden ser consideradas anecdóticas, sobre todo si tenemos en cuenta lo difícil que era poder realizar unos juegos de este tipo unos años más tarde, después de la marcha del rey. En 1660, cuando se notifica una visita de Felipe IV –“que es nueva tan feliz como deseada”– se piensa en primer lugar en hacer todo lo posible para poder tener un juego de cañas. Se pide a los comisionados municipales que empiecen a escribir cartas. La primera impresión ya es bastante indicativa pues se dice que a la mayor parte de los nobles con los que se comunicó, no se había encontrado en casa,

aunque después se les avía hablado el Sr. Dn. Juan de Rivadeneira más individualmente por traerlo escrito dijo avía estado con el Marqués de Lorençana para que diera quadrilla, y que avía respondido que dándola Baltasar de Rivadeneira, su cuñado, entraría en ella. Dn. Sancho de Tovar, que dándole la Ciudad dos mill y quinientos ducados, daría quadrilla y torearía. El Vizconde de Valoria, que dando Dn. Sancho de Tovar quadrilla, entraría en ella. Dn. Pedro de Velasco y Fajardo, que el tiempo está muy adelante y que si se le huviera avisado antes entraría en las cañas. D. Juan de Vergara que no se halla con pusibilidad para dar quadrilla. Dn. Diego de Rivera, que estuvo convidado del Duque de Medina Sidonia, y que ya está el tiempo muy adelante, con que no tiene prevención para poder dar quadrilla...

³⁹ Archivo Municipal de Valladolid, Actas Municipales, 14-VI-1600, pp. 59-60.

Otros, pidieron al Ayuntamiento que saldase previamente las deudas que tenía con ellos, antes de contestar favorablemente, otros ayuda de costa. En definitiva, una huida generalizada de una nobleza provinciana, que no tiene reparos en manifestar sus escasos medios. Como consecuencia de este rosario de negativas en el Ayuntamiento:

se acordó que respecto de la imposibilidad con que se allan los cavalleros, a quien de parte de esta Ciudad se a convidado para que se den cuadrillas para el juego de cañas, siendo sus deseos en regocijo de recibir a su Magestad muy buenos y que la estrechez de los tiempos no parece se los dexa lograr ... se acordó que de la cantidad que su Magestad se sirviere de conceder a esta Ciudad de facultad sobre los arbitrios que tiene señalados para el gasto desta y demás fiestas que están acordadas se pague a cada uno de los dichos cavalleros que dieren cuadrillas mil ducados de vellón de los dichos réditos suspendidos...⁴⁰.

Las dificultades no se terminaron con esta medida, unos días más tarde:

parecía preciso pidiese a los Sres. D. Francisco de Angulo y D. Juan de Palacios, cavalleros antiguos deste Ayuntamiento que en otras ocasiones an corrido cañas, se sirvan en esta ocasión, aviendo de ser a la vista de su Magestad, Dios le guarde, de no disculparse de entrar en ellos⁴¹.

La *mascara* fue asimismo otro festejo de carácter nobiliario, aunque no por ello siempre limitado en su ejecución a los nobles⁴². Si estos eran sus protagonistas iban a caballo, ricamente vestidos, con invenciones de diferentes libreas. Una de las pocas peculiaridades de esta con respecto a la *encamisada* es que –por lo común– se ejecuta de noche, con hachas, por lo tanto, mientras que la otra tiene su momento en el amanecer, aunque incluso en este aspecto definitorio hubo excepciones. La *encamisada* que tenía prevista la ciudad para el lunes de pascua 18 de abril, se había organizado para la noche, “pero como el duque, que entraba en ella como uno de los regidores que es de Valladolid, estaba indispuesto, se hizo de día”⁴³.

⁴⁰ Archivo Municipal de Valladolid, Actas Municipales, año 1660, 14-II-1660, p. 52; 17-II-1660, p. 56v; 20-II-1660, p. 59; 21-II-1660, p. 61.

⁴¹ Archivo Municipal de Valladolid, Actas Municipales, 23-II-1660, p. 64.

⁴² En las visitas reales algunos gremios ejecutaban máscaras. Véase la visita de 1600.

⁴³ T. Pinheiro da Veiga, *Fastigimia...*, p. 60. Recoge una de las mejores descripciones de *encamisada*.

Ambas composiciones festivas se mantuvieron con profusión mientras estuvo la corte aquí, pues esperaba que el rey, la reina y sus damas fueran sus espectadores de honor. En las dos la presencia de nobles cortesanos, presididos por el duque de Lerma, fue fundamental. El valido, no declinó su participación ni en los momentos que imaginamos para él menos festivos. De hecho, el mismo día que murió su nieta, hija de los condes de Niebla, se había previsto una encamisada. Esta se hizo, y el duque iba a la cabeza, junto al rey, y delante de sesenta caballeros. El recorrido, y en consecuencia la jerarquización del espacio, estuvo marcado por la presencia de la reina, que se encontraba aún residiendo en la casa del duque. Allí corrieron los caballeros, después fueron por muchas calles de la ciudad y volvieron hasta donde estaba Margarita de Austria. Aún así, Cabrera de Córdoba, hace notar que

lo que deslustró la fiesta fue salir a las diez del día, porque se había de hacer al amanecer para parecer bien. Fue la causa haber muerto aquella mañana la nieta del duque ... y esperaron a traerla primero en San Pablo, que es el entierro del Duque.

Las fiestas eran tantas y tan frecuentes que el mismo Cabrera incide: "... de manera que cuando nació se hizo una máscara, y cuando ha muerto una encamisada..."⁴⁴. El calendario festivo de los reyes no se alteraba ni por los más cercanos, y Lerma solo osó a perturbar levemente el horario oficial, a pesar de que con este deceso su sucesión se veía comprometida. Su aparición junto al rey, a su derecha, le seguía presentando como el que era en el gobierno de la monarquía, a la que se ensalzaba desde todos los aspectos de la organización de la encamisada, con la que se divertiría a la reina ese día de San Juan.

Por su parte, en la organización de una máscara los principales esfuerzos se debían concentrar en la composición de las filas, que podían desfilarse a pie o a caballo, con música, y precedidos de alguna invención sugerente y artísticamente destacada, en la que se buscarían alegorías relacionadas con la monarquía⁴⁵.

⁴⁴ T. Pinheiro da Veiga, *Fastigia...*, p. 104: 30 de junio de 1601.

⁴⁵ T. Pinheiro da Veiga, *Fastigia...*, p. 60-61:

... una máquina de un carro triunfante con un globo del mundo en medio, y una figura de Valladolid triunfando encima de todo: era llevado por ocho mulas encubiertas de paños de colores pintados y encima de ellas figuras con sus insignias particulares y rótulos, que decían: Fama, Tiempo, Agua, Tierra, Mar, Día y Noche. Era el carro grande y hermoso, repartido en cuadros, con virtudes del Príncipe, a que

Los preparativos para este festejo parecen ser menores que los que requerían las cañas, o un torneo normal, o un estafermo, pero no por ser más simples faltaban en los actos de la corte, ni en los momentos más destacados, siendo muy diferentes y mucho más pobres, las que se ejecutaban en otras ocasiones. De hecho una mascarada había sido el acto más distinguido de los programados por la ciudad cuando tuvo noticia del matrimonio del futuro Felipe III con Margarita de Austria. Entonces, Valladolid se volcó en “la demostración del contento de los casamientos”, y se puso en marcha para ejecutar el aparato festivo –“como es rraçón, más que ninguna ciudad del Reyno”– desde que tuvo noticia de la llegada de la reina a las costas peninsulares, haciéndose eco, con esta expresión, de suma fidelidad de la ciudad a la monarquía, a través de su capacidad celebrativa. Entonces se pusieron “luminarias de achas en las casas desta Ciudad y ogueras y faroles” en la plaza, los caballeros comisarios hicieron “correr bacacas por el día y la noche”, y se habló con el Obispo para que ese día todas las campanas de las iglesias tocasen. Pero, el gasto más importante se fue en la máscara a caballo:

la más copiosa que puede ser, de cavalleros deste Ayuntamiento y de fuera dél, para la qual vista esta ciudad diez y seis cavalleros deste Ayuntamiento, y los que faltare de fuera dél, para que con los que no ofrezze otro cavallero que sacará vestidos y aderezados se haga la dicha máscara. Y para los dichos diez y seis de esta Ciudad vista vaqueros de tafetán de colores de quatro mangas y cubiertas a los caballeros conforme a la horden que dieren los comissarios y achas blancas para los diez y seis desta Ciudad y música con las libreas que tiene esta Ciudad, toda la qual máscara a de salir de las casas deste Ayuntamiento ...⁴⁶

En el Valladolid cortesano hubo algunas señeras, como la que se desarrolló por el nacimiento del futuro rey, en la que participaron 120 caballeros, con unas libreas muy ricas que había pagado la ciudad. En la plaza Mayor, por donde

estaban dedicados, y sus versos muy galanes. En la cima venían retratados al natural el rey y la reyna y el príncipe entre ellos; venían alrededor del globo en sus escalones mucho género de figuras, con todos los instrumentos, que pasaban de treinta. Sobre esta máquina se apoyaba el globo muy bien dividido con todas las tierras y reinos del rey en sus lugares correspondientes: sobre él un mancebo en pie, quien quedaba tan alto que igualaba las ventanas del tercer piso, con su estandarte en la mano.

⁴⁶ Archivo Municipal de Valladolid, Actas Municipales, 19-IV-1599, pp. 697v-698.

tuvo lugar la mascarada, se habían puesto más de 12.000 lanternas, pintadas con las armas de la ciudad, según mandó el Corregidor, Diego de Sarmiento ⁴⁷. Además de esto, fue muy celebrada una máquina, realizada por el pintor Tomás Gracián Dantisco, secretario del Rey,

de conocida habilidad en el dibujo y de gran genio para las bellas artes, por el orden con que estaban colocados los sujetos que iban en ella, figurando símbolos y alegorías, por el adorno y buena forma de su pintura, por la bella proporción de las partes con el todo, y por el gran tamaño y extraordinaria altura, de que tiraban 8 mulas y ayudaban a llevar con buen arte más de 100 hombres ocultos ⁴⁸.

En este caso, se acudió a esta fórmula para celebrar ante el pueblo vallisoletano, con su participación pasiva, reflejada en su presencia. De hecho se ejecutó en su desarrollo como una máscara común (bien es verdad, que con más participación, lujo, riqueza y vistosidad), pero no era una celebración cualquiera, sino aquella en la que se compartía con la monarquía su triunfo y continuidad, manifestada en aquel nuevo vallisoletano. Sus expresiones eran las primeras, las más sentidas, las más compartidas por los reyes —que más tarde recibirían noticias de todas las demás que se iban a desarrollar por sus reinos— y las que marcarían la pauta celebrativa para todas ellas. Los elementos festivos se repiten y si bien las mascaradas son actos nobiliarios para entretener al rey —con o sin su participación directa— también se podían llevar a cabo en ocasiones de celebraciones de natalicios regios o en otras de las llamadas de ciclo vital.

El recurso a la fórmula del juego *del Estafermo* tampoco faltó. Era otra variedad festiva que se ejecutaba en los ambientes de la corte. En el *Diccionario de Autoridades* se describe como una:

figura de un hombre armado que tiene embarazado un escudo en la mano izquierda, y en la derecha una correa con unas bolas pendientes o unos saquillos llenos de arena, la qual está esperada en un mástil, de manera que se anda y vuelve a la redonda. Pónese en medio de una carrera y viniendo a encontrarla los que juegan dan en el escudo y le hacen volver, y al mismo tiempo sacude al que passa un golpe (sino es muy

⁴⁷ G. Marcilla Sapela, *Datos para la Historia de Valladolid...*: Nacimiento de Felipe IV.

⁴⁸ Tomado de A. Ceán Bermúdez, *Diccionario Histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes en España*, VI, p. 69.

diestro) con lo que tienen en la mano derecha y con esto hace reír a los que están mirando este juego y festejo.

En el año el año 1604 los Príncipes de Saboya se encargaron de hacer una fiesta de este tipo,

no se dice cuando será, aunque no cesan de ensayarse para ella y hacer los aderezos y aparejos necesarios, y aun dicen que han enviado a Barcelona por lanzas, que se hacen mejores que en otra parte ⁴⁹.

Finalmente se hizo el día 7 de agosto de ese año, delante del Palacio real, donde estaban los reyes con la infanta, damas, consejeros, embajadores y criados.

Pareció bien la fiesta, por las buenas invenciones, libreas y aderezos que hubo en ella, y lo bien que se corrieron las lanzas por los mantenedores y aventureros, de que se ha hecho relación particular, impresa seis días antes ⁵⁰.

Este tipo de observaciones que se recogen en los libros de ayuntamiento no son extrañas, porque en la fiesta cortesana todo se cuida; la prodigalidad en todo aquello que entra por los sentidos no puede ser considerado mero ritual. El gusto de los espectadores por lo más selecto, acostumbrados a representaciones soberbias no admite diversiones rudimentarias ⁵¹, convirtiéndose la presentación en el eje de los actos festivos. Eso es lo que de hecho queda en letra estampada, puesto que se manda imprimir antes del desarrollo del juego cortesano, que ya no se recoge, al considerarse un elemento fugaz que añadía poco al fin primero de honrar a la monarquía.

Los *torneos* se conservaban asimismo como festejo cortesano, y aún a comienzos del siglo XVII se mantuvieron en el contexto de otros actos festivos o de forma individual, con motivo de alguna celebración cortesana concreta, como ocurrió tras el parto de la duquesa de Cea. Entonces, a comienzos del festivo año 1605 se desarrolló un torneo en la plazuela que está detrás del Palacio,

⁴⁹ Archivo Municipal de Valladolid Actas Municipales, 12 de junio de 1604, p. 217.

⁵⁰ Archivo Municipal de Valladolid, Actas Municipales, 7 de agosto de 1604, p. 222.

⁵¹ Como ha señalado Antonio Feros, *El duque de Lerma...*, p. 83:

El incremento del número de servidores palaciegos no fue el único producto de la creciente cortesанизación de la monarquía. Tan importante como esto era, quizás, el surgimiento de una cultura que identificaba corte con “sostificación”.

en presencia de los reyes y la infanta. Los protagonistas fueron el conde de Saldaña y el de Gelves,

salieron todos con muy buenos vestidos y libreas, y algunos lo hicieron bien. Fue alabada la destreza del marqués de Pescara y jueces los duques del Infantado y Sesa, y al conde de Alva, y la noche siguiente hubo sarao en Palacio, donde se repartieron los premios⁵².

Hacia mediados de ese mismo año hay noticias de otro torneo, celebrado el 13 de junio de 1605, en la Plaza del Palacio, para el que se había colocado un tablado⁵³. Lo realizaron dos cuadrillas; una encabezada por el Príncipe de Piemonte y apadrinada por el Rey, y la otra dirigida por el Condestable de Castilla y apadrinada a su vez por los duques de Lerma y Sessa. Cada cuadrilla estaba compuesta por dieciséis caballeros. En cualquier caso, con más o menos público e integrantes, se trataba de una fórmula de participación cerrada, de carácter cortesano en todo su significado, ya que sólo se celebraba en ambiente nobiliarios y preferentemente en las cercanías de los miembros de la Casa real, y además, porque sus elementos más destacados también son nobles. Incluso la presencia del rey que se divierte sin arriesgar, que toma partido, dando públicamente su apoyo a uno o varios de sus nobles, poniéndoles en su lugar en esta sociedad cortesana, en ese *tapiz de signos* que es la fiesta⁵⁴.

Finalmente, en la descripción de la tipología de la fiesta cortesana, y gracias a que el Pisuerga pasa por Valladolid, la posibilidad de organizar juegos navales estuvo servida. No era un recurso nuevo, ya que durante la estancia de sus predecesores se habían mantenido batallas náuticas y otros entretenimientos. En la visita de Felipe II de 1592, en un supponemos caluroso día 8 del mes de agosto se hizo una fiesta para el rey en el río. Como base se utilizó una huerta cercana del almirante de Castilla desde la que se había mandado construir un tablado que caía sobre la rivera. En este paraje se le sirvió al rey y a sus acompañantes

⁵² 8 de enero de 1605. L. Cabrera de Córdoba, *Relaciones...*, p. 233: 22 de enero de 1605.

⁵³ Los reyes no utilizarían este tablado, que sería para otros espectadores y para los jueces del torneo. Después, toda la estructura iría hasta Lerma. Allí tendría lugar otro torneo para la celebración de las bodas de los condes de Aguilar: L. Cabrera de Córdoba, *Relaciones...*, pp. 250-251.

⁵⁴ El “tapiz de signos” que es la fiesta, expresión de G. Ledda, “Per una lectura della festa religiosa barroca”, en *Dialogo. Studi in onore di Lore Terracini*, Roma 1990, pp. 277-291.

una buena merienda. La ciudad se encargó de poner en marcha dos galeras con remos, muy bien pintadas, y además participaban otras veinticuatro barcas.

La gente de las galeras estaba vestida los unos de amarillo y los otros de colorado, los cuales hacían justa en el agua, derribándose de la popa abaxo en el río. Entre todos uvo un pescador que hizo maravillas en el agua, delante de S.M., que se echava y quedava mucho tiempo abaxo. Al postre, uvo tres barquillos que trayan una figura de hombres, un Neptuno y un dragón, que estavan llenas de coetes que encendiéndose hizieron gran ruydo. Y con esto se acabó la fiesta ... y se volvió S.M. con la galera hasta la puente, como había venido ⁵⁵.

En algo similar se pensó para la visita previa de 1600. Entonces se nombró comisarios de galeras para

la fiesta que sse ubiere de azer en el rrío quando ssus Magestades entraren en ella, las quales hordenen y trazen con la mayor suntuosidad, yn-benciones, aparato, ornato que les pareciere y de fuego y mússica ⁵⁶.

En otras ocasiones no hubo reparos en unir el espectáculo naval y el taurino. La relación de los festejos que tuvieron lugar por la visita en 1660 de Felipe IV nos detallan cómo se producían estos:

Esta estava con un despeñadero de bruñidas tablas al Río, por donde precipitados los toros eran ançuelos de los nadadores, que en el Río les acosavan y los barcos, con la gente que iba dentro dellos con varas largas, rémoras que detenían al toro, para que quanto más agarrochado, saliesse más feroz a la tela, donde avía mucha gente, assí de a cavallo con varas largas, como de a pie, con la agilidad de sus personas, con que a un mismo tiempo gozava su Magestad ⁵⁷

No fue, sin embargo, este festejo de los más singulares, hubo otras celebraciones más extrañas, con elementos más llamativos, que en el Valladolid de la

⁵⁵ G. Marcilla Sapela, *Datos para la Historia de Valladolid...*

⁵⁶ Archivo Municipal de Valladolid, Actas Municipales, 22-VI-1600, pp. 73-75.

⁵⁷ *Relación verdadera de las grandiosas fiestas, y regocijos, que la muy noble y muy leal Ciudad de Valladolid hizo a nuestro Rey, y Señor Don Felipe Quarto el Grande, viniendo de irán, de entregar a la cristianísima Reyna de Francia, Doña María Teresa de Austria, su hija, donde se declaran los grandes aparatos de fuego, luminarias, toros y cañas, y los señores que torearon y la máscara que hizieron*, Madrid 1660.

corte tenían lugar en la plazuela de la parte trasera del Palacio, hoy conocida como de las Brígidas o de San Diego.

El domingo, que fue el día antes que S.M. partiese de Valladolid, quiso ver pelear el león con un toro. Encerráronlos en la plazuela detrás de Palacio, que estaba cerrada de tablas. El león es muy nuevo y luego se acobardó, y a la primera suerte le volteó el toro, con lo cual siempre anduvo huyendo, y aunque le picaban con una garrocha nada aprovechó para que acometiese al toro; y S.M. tiró tres jaras con una ballesta al toro y todas le acertaron y siempre hacía acometimiento contra el león, el cual siempre mostró cobardía. Echaron lebreles al toro y aunque se defendió más de una hora, al cabo le asieron, y con esto le desjarretaron ⁵⁸.

Por extraño que el espectáculo propuesto parezca, la ciudad estaba preparada mientras la corte estaba en ella. Cuando la corte dejó Valladolid en 1606 todo cambió. En 1660, ante la visita la ciudad Felipe IV el Corregidor anduvo presto en advertir a la ciudad que:

era necesario ir previniendo muchas cosas que ocurrían para las fiestas que está acordado se hagan y especialmente en la materia de fuegos y tomando forma y disponer se traiga un picador para los cavalleros que huvieren de entrar en las cañas y no se hallaren exercitados puedan exercitarse y avilitarse, ... para que se busque picador y se procure benga con tiempo a esta ciudad y se hagan plantas para los fuegos y busquen los exemplares de las facultades que a havido en otras ocasiones semejantes, y las cantidades que se an dado ... ⁵⁹.

Por el contrario, en los años anteriores de Corte, sobre todo en 1604-1605, la conciencia de que el rodaje para poner en marcha cualquiera de estas apreciadas celebraciones cortesanas estaba en marcha hacía que se programasen acontecimientos sin demasiado tiempo para preparativos y en consecuencia tuviesen lugar con una frecuencia mayor. El Valladolid festivo de los años de Corte era una maquinaria dispuesta y siempre preparada para la celebración, en la que los aspectos estéticos se habían cuidado desde la visita de 1600, incluidos en este apartado la limpieza y adcentamiento de todos los lugares por los que pudieran transitar los monarcas o las personas cercanas ellos, y se habían mantenido.

⁵⁸ L. Cabrera de Córdoba, *Relaciones...*, p. 306: Valladolid, julio de 1607.

⁵⁹ Archivo Municipal de Valladolid, Actas Municipales, 16-II-1660, p. 55v.

Por otra parte, los escenarios se transportaban de un lugar a otro sin problemas y se ajustaban a las necesidades de los diferentes espectáculos. Los artesanos encargados de la realización de decorados, ingenios y maquinarias de fuegos o carros para máscaras o cañas se encontraban en la ciudad y trabajaban en una constante adaptación de elementos, al igual que, en su materia, hacían los músicos. En cierta manera, los gastos de la fiesta —que tanto se habían incrementado en ese período— se justificaban mejor cuanto más perdurabilidad tuviese la celebración. Se amortizaban en el prestigio de la ciudad y en la siempre beneficiosa cercanía al monarca.

En los años inmediatos posteriores la ciudad vivió de las rentas, sin tener que recurrir a prevenciones especiales. De hecho, en 1607 estuvo de nuevo en Valladolid. Llegó de Ampudia el 22 de junio, por el Puente Mayor, sin la reina, pero acompañado de Lerma, del marqués de Velada, y de otros señores, y “fuese a apear a su Real cassa y Palacio”, no siendo necesario buscar acomodo para el caso. Dejaron transcurrir un día, y al siguiente, “por la noche uvo muchas luminarias ... y ...una muy lucida máscara, con que se regocijó y alegró la buena benida de S.M...”. Seis días después:

ubo toros y juego de caña. Su Magestad estuvo en hellas en el balcón grande del Consistorio, y el Duque de Lerma y el marqués de Velada y otros señores y los señores Presidente y oidores estuvieron en las ventanas que hazen esquina, por donde entra el juego de cañas. Los toros y las cañas fueron muy buenas y en ellas entró el dicho duque de Lerma ⁶⁰.

Todo ello se puso en marcha con una rapidez razonable y justificada en la práctica anterior, como ocurrió un año después, cuando a la vuelta de la villa de Lerma el rey tuvo noticia de la muerte de su suegra, la archiduquesa María. Entonces acordó hacer las exequias en Valladolid, en la Iglesia de San Benito, donde antes se habían ejecutado las de la reina Juana o el Príncipe Carlos ⁶¹. Los precedentes desarrollados en el mismo espacio eran importantes para disponer de la rápida ejecución, aunque se trata de la última vez que se elige este

⁶⁰ Archivo de la Real Chancillería de Valladolid, Libro del Acuerdo n° 6, pp. 260-261.

⁶¹ M. Torremocha Hernández, “Exequias para las reinas de la Casa de Austria”, en M^a V. López Cordón y G. Franco (coords.), *Isabel I y las reinas de España: realidad, modelos e imagen historiográfica*, Actas de la VIII Reunión científica de la Fundación Española de Historia Moderna, Madrid 2005, pp. 339-356.

espacio para las honras reales, que se desplazaron a partir de entonces a la catedral⁶². El pulso festivo fue descendiendo. El nacimiento de otra infanta un año después no tuvo más celebración que una corrida de toros, de la que la documentación solo destaca un conflicto –como era tan común– por una cuestión de precedencia⁶³.

Quizás por ello, cuando en 1615 visitan de nuevo la ciudad Felipe III y sus hijos vallisoletanos, el municipio, que no deja de hacer constar la escasez de los tiempos, manifiesta que sin embargo quiere hacer todos los actos de recibimiento con la mayor solemnidad, y que estaba dispuesta a compatibilizar su precaria situación con la asunción de mayores gastos, siempre que el Rey accediera a su propuesta de realizar los desposorios en la ciudad⁶⁴, lo que no se llegó a conseguir. Solo de esta manera, la ciudad saldría verdaderamente beneficiada de su adhesión a la monarquía (o eso se creía, ya que la realidad de la boda de Carlos II, y las negativas repercusiones económicas que tuvo para la ciudad, echa por tierra –*a posteriori*– esta idea).

Pero, entonces los tiempos habían cambiado y atrás quedaban, pero quedaban en el recuerdo de muchos, las fiestas constantes, grandiosas, con gran concurso de gentes, con derroche de luz, color, y sonido, que embriagaban los sentidos. La esencia de la fiesta barroca que encontró su acomodo en el Valladolid cortesano de comienzos del siglo XVII.

⁶² Archivo de la Real Chancillería de Valladolid, Libro del Acuerdo nº 6, p. 269, 1-VIII-1608; 13-VIII-1608.

⁶³ Archivo de la Real Chancillería de Valladolid, Libro del Acuerdo nº 6, p. 301, 16-VI-1609.

⁶⁴ Archivo Municipal de Valladolid, Actas Municipales, 9-VI-1615, p. 433:

Acordaron se suplique a S.M. en consideración de la lealtad y voluntad questa çiudad sienpre a tenido y mostrado a S.M. y a que la Reyna de Francia, su hija que lo es desta Ciudad, por aber naçido en ella, se sirva de honrrarla con que su desposorio se haga en esta Ciudad, para que por ella se haga las demostraciones de amor y lealtad que debe a festejar rregocijo y contento tan de gusto de S. M. y destes Reynos, que en ello recibirá esta Çiudad particular honrra y merced...